

EL PARAÍSO ES UN INFIERNO EN REMODELACIÓN
(BITÁCORA DE UNA TEMPORADA EN LAS ISLAS MARÍAS)

VICENTE ALFONSO

A Diana del Ángel, a Eduardo Antonio Parra y a la generación insular.

DÍA 0: jueves 29 de julio

De fondo se escucha el ruido de un motor, el barco se bambolea. Estamos a bordo del BAL-II, buque de la Armada de México que cada quincena viaja a las Islas Marías para transportar personas y mercancías. Son las diez y media de la noche hora del Pacífico y dentro del compartimento se respira un ambiente sofocante y tenso. O quizá la tensión es sólo mía, pues debido al aislamiento impuesto por la pandemia de covid-19, hace meses que no coincidía con tanta gente en un espacio tan pequeño. Calculo que en la cabina vamos alrededor de cien personas: unas cincuenta de ellas son marinos, otras quince son biólogos que –según me cuenta uno de ellos– van al archipiélago a hacer prácticas de campo. Viaja también una decena de albañiles y, por último, un contingente de treinta escritores. Este último grupo es parte de un experimento: veintisiete muchachas y muchachos menores de 25 años, provenientes de distintas regiones del país, han sido seleccionados entre casi quinientos aspirantes para realizar una residencia literaria en la isla María Madre. El objetivo es que, a partir de contenidos teóricos y ejercicios prácticos, los jóvenes desarrollen proyectos en tres géneros: poesía, narrativa y crónica. Con ellos viajamos los tres autores que coordinaremos los talleres: Diana del Ángel, Eduardo Antonio Parra y yo. Nos acompañan además Nora y Fernando, funcionarios de la Secretaría de Cultura Federal que se harán cargo de los asuntos logísticos. Así, treinta escritores permaneceremos incomunicados en la isla durante dos semanas: sin internet, sin televisión y sin señal en los teléfonos celulares, conviviendo día y noche en un espacio que, hasta hace un par de años, era un penal de máxima seguridad.

Nos dirigimos al pequeño archipiélago ubicado a 183 kilómetros de Mazatlán (Sinaloa) y a 132 kilómetros de San Blas (Nayarit) que durante décadas fue conocido como “el infierno del Pacífico”. Para nadie es un secreto que el papel de estas islas como prisión ha provocado que el imaginario popular le asocie con un sitio de castigo y sufrimiento. Gracias a libros y películas, nadie

ignora el rigor con que eran tratados los reclusos. Hablar de Islas Marías es hablar de dolor, tortura y muerte. Quizá por eso me interesa tanto un aspecto del proyecto que nos lleva allá: la intención del nuevo gobierno de resignificar aquel espacio y la memoria asociada a éste. Apenas el pasado 18 de febrero el Presidente de la República, Andrés Manuel López Obrador, firmó un decreto por el que las Islas Marías quedan convertidas en una reserva natural y un centro de cultura. Tres semanas después visitó la isla María Madre para dar el banderazo de inicio a los trabajos de remodelación de lo que será el Centro de Educación Ambiental y Cultural Los Muros de Agua. El nombre es una alusión al recluso más célebre de la isla: el escritor José Revueltas, quien estuvo preso en dos ocasiones en el penal, una de ellas cuando era aún menor de edad. A partir de sus experiencias allá, Revueltas escribió una novela que publicó en 1940, y que lleva por nombre *Los muros de agua*.

Por el momento, sin embargo, las islas continúan siendo un sitio vedado: cualquier embarcación no autorizada tiene prohibido acercarse a menos de 12 millas náuticas. Las autoridades permiten el ingreso solo por motivos de investigación científica, educativa y cultural, y últimamente también viajan allá los trabajadores encargados de adaptar las instalaciones de la isla.

Nos han asignado los lugares conforme a una lista de personas autorizadas a abordar el buque. No hubo, por lo menos en Mazatlán, la revisión exhaustiva que prometían, pero sí han pasado varias veces a los perros rastreadores por las maletas.

Tras una cena improvisada, las luces se apagan y los marinos se tiran en los pasillos, se acomodan con almohadones y cobijas –a pesar del calor– en los sitios más impensados. En la oscuridad el bochorno es intenso, pues los aparatos de aire acondicionado están apagados. Además, el espacio entre butacas es muy corto y se reduce aún más porque cada pasajero trae consigo su mochila (las maletas viajan sobre cubierta, amarradas y protegidas por una lona). Lo mejor es dormir. Al menos intentarlo.

A la una de la mañana se encienden las luces y los marinos se cuadran: ha ingresado en la cabina uno de los altos mandos de la tripulación. El superior ordena que enciendan la refrigeración y en unos instantes el ambiente se torna mucho más cómodo. Me resulta inevitable pensar que la situación resulta idónea para una cadena de contagios. Ojalá no sea el caso.

Aprovechando la luz, releo fragmentos de *Las evocaciones requeridas*, volumen de memorias de José Revueltas. Allí, el autor cuenta cómo al llegar a las islas, en 1932, él y otros presos políticos fueron asignados al campamento de Arroyo Hondo, sitio de castigo donde los reclusos eran forzados a cortar leña de sol a sol, con “las manos sangrantes por las ampollas y jadeando continuamente por el brutal esfuerzo”. Aun así, el escritor no vacila en titular, a ese fragmento de sus memorias, “un pedazo de paraíso”.

Día 1: viernes 30 de julio de 2021

Llegamos a la isla María Madre poco antes de las siete de la mañana. Atracamos en Puerto Balleto, la población más grande del archipiélago. Al bajar del buque, las autoridades toman lista una vez más mientras un grupo de biólogos nos rocía los zapatos y las maletas con agua con vinagre. Nos explican que no se trata de un protocolo anticovid, sino de una medida para erradicar el virus hemorrágico, enfermedad que afecta a los conejos. Después nos llevan al sitio que será nuestro hogar durante las próximas dos semanas: el antiguo juzgado del penal. Con varias salas de juntas, auditorio y ocho dormitorios para cuatro personas cada uno, resulta un espacio idóneo para trabajar. Se trata de un edificio inteligente, a unos metros de una playa deslumbrante y con una vista privilegiada de una suerte de bahía. Qué paraíso.

Lo primero que advertimos es la presencia de cientos de escarabajos negros que en México llamamos pinacates. Pululan por todas partes: en el piso, en las paredes, en las escaleras, trepando por persianas, cortinas y lavabos. Están prácticamente en cualquier superficie. Son tantos que me sorprende la recomendación del biólogo que nos guía: ignórenlos, dice. Verán como en tres o cuatro días se acostumbran a ellos.

Luego nos explica las rutinas de la isla: nos advierte que debemos lavar y secar minuciosamente toda la basura inorgánica que generemos, pues los residuos sólidos favorecen la proliferación de ratas y de moscas. De igual forma, los fumadores deben guardar todas las colillas de cigarro. El papel higiénico, las toallas femeninas y otros desechos se incineran en un tambo que está afuera del edificio. Nos advierten también que no debemos alimentar ni a los mapaches ni a las iguanas que rondan el comedor. Eviten también a las serpientes, sugiere después y añade que los animales más peligrosos de la isla miden menos de 5 centímetros: alacranes, arañas violinistas (también llamadas reclusas, nombre que en este sitio resulta irónico), viudas negras, garrapatas, pulgas, chinches y ácaros. Los parásitos están aquí gracias a que hubo una población que llegó a sobrepasar los 40 mil internos. Nos recomienda hacer aseo diario de habitaciones, comer sólo en los sitios designados y dormir con las ventanas y puertas cerradas. En estas fechas hay pocos antídotos contra el veneno de arañas, alacranes y serpientes porque, por el momento, muchos recursos se han reasignado a combatir el covid. No obstante, el animal más peligroso de la isla es el mosquito. El biólogo nos da un dato que me pasma: los mosquitos han matado a más personas que cualquier guerra. Según su presentación, al menos 725 mil personas mueren cada año por enfermedades transmitidas por mosquitos.

Si de resignificar espacios se trata, ha sido una gran idea habilitar los juzgados como una casa para recibir a jóvenes biólogos y, ahora, también a escritores. La comida la prepara la Marina y es, fundamentalmente, frijoles con arroz y algún guiso: pollo un día, carne otro, nopales otro. También habrá mucho pescado y frutas, pues ambos elementos abundan aquí. La limpieza general y el lavado de platos correrán a cargo de nosotros mismos, cosa que considero muy positiva. Antes de irse, el biólogo me recomienda buscar a un sujeto al que llaman

Doctor Pierce, pues se trata del habitante más viejo del archipiélago. Si vienes aquí en busca de historias, él sabe muchas.

Día 3: domingo 1 de agosto

Han sido días largos pero muy provechosos y divertidos. Sin teléfonos ni redes, la vida fluye a otro ritmo. Tampoco hay radios o televisores y no tenemos noticias del exterior. A un par de muchachas esta súbita abstinencia les ha provocado ansiedad, pero la mayoría lo lleva muy bien. Ayer por la noche tuvimos una actividad con los muchachos: un guía nos enseñó a identificar constelaciones en un cielo cuajado de estrellas. Gracias a la poquísima contaminación lumínica, es posible apreciar muchos más astros que en el continente. Vimos muy clara la Vía Láctea, ese cinturón de estrellas que es el otro brazo de nuestra galaxia. Entre eso y el contacto con tanta naturaleza, me siento abrumado por la grandeza, la complejidad y la perfección del universo. Todo un paraíso.

Dedico los primeros días a releer *Los muros de agua*. Escrita por José Revueltas cuando tenía 26 años de edad, la novela recrea el ambiente que privaba entonces aquí. En trece capítulos, el autor hace énfasis en un grupo de cinco presos políticos –Ernesto, Marcos, Prudencio, Santos, Rosario–. Otro de los personajes destacados es el Miles, reo con mucha fuerza física que se gana la simpatía de los lectores por su aguante a toda prueba.

No es arriesgado pensar que la madurez en el tratamiento de los temas proviene de que Revueltas lo conoció de primera mano en el archipiélago donde estuvo recluido más de un año. Así, su visión de las dinámicas internas del penal no es maniquea: no cede a la tentación de retratar un contrapunto entre autoridades y presos, pues sabe que toda prisión es un complejo entramado de intereses y relaciones en donde hay distintas fuentes de autoridad y de poder.

Hablando de autoridades, dado que los funcionarios de la isla cambiaron el día en que llegamos, nuestro proceso de adaptación ha sido un poco azaroso, pero agradable la mayoría del tiempo. Descubrimos una tiendita que abre solo cuando uno encuentra al dueño y le pide que le venda lo que necesita. Allí compré limones, sal y algunas botellas de agua mineral, ingredientes que me servirán para preparar un suero que en mi natal Coahuila llaman “Agua Celis” y que funciona para prevenir la deshidratación.

Luego está el tema de los bichos. Me llama la atención que, en su novela, Revueltas describe un insecto muy peligroso llamado “cancle” que aparece en la página 149. La característica que identifica al cangle son dos puntos rojos. Los picados por esa alimaña pierden el habla y “mueren en un plazo de sesenta minutos, congestionados y negros”. La presencia de insectos aquí no es asunto menor. Hay muchísimos. Ayer los muchachos del taller de crónica encontraron un ciempiés de 25 centímetros afuera del salón donde sesionamos. Y hoy el suelo apareció lleno de hormigas voladoras, esas que en Guerrero llaman chicatanas. Algunos de los muchachos se asustaron porque no han convivido nunca con la naturaleza. Por la tarde, mientras nadábamos junto al muelle, encontramos cangrejos ermitaños y los chicos estaban fascinados.

Día 5: martes 3 de agosto

La bióloga Dennis Bermúdez, máxima autoridad en lo que toca a la reserva natural en este sitio, nos invita a dar un recorrido por distintos puntos de interés. Visitamos el faro, el hospital y el cementerio. Entre las muchas historias que aún circulan por aquí está la de José Luis Muñoz alias el Sapo, criminal que asesinó al menos a ciento cuarenta personas. Cuentan que, aún recluido, el Sapo cargaba un machete con el que segó la vida de muchos internos. Cuentan también que lo que no pudieron los trabajos forzados lo pudo la amistad, pues se hizo amigo del Padre Trampitas, un sacerdote que logró aplacar sus ansias asesinas. Aún hoy, los restos del sacerdote y del Sapo descansan en tumbas contiguas, un poco cubiertas de maleza.

Camino al faro vimos la bartolina, una especie de cabina de metal en donde los reclusos eran encerrados como forma de castigo. Imaginen las temperaturas que alcanzaba esa caja expuesta a pleno sol, nos dice Bermúdez.

En otras cosas, no he logrado encontrar al Doctor Pierce.

Día 6: miércoles 4 de agosto

Hoy fue un día intenso. Durante la madrugada se metió un mapache a la cocina a buscar comida y la dejó hecha un desastre. Más tarde, por la mañana, los muchachos encontraron una viuda negra en el cuarto donde guardan las sábanas y las toallas. Fui el encargado de matarla. Allí estaban, inconfundibles, los puntos rojos del cacle. Aunque a nivel racional sé que es improbable, pasa por mi cabeza la idea de que la mención en la novela de Revueltas atrajera al arácnido.

Los talleres caminan bien, hemos estado trabajando los proyectos de crónica de cada uno y en general tienen muy buen nivel. La mayoría de las muchachas y muchachos son muy maduros, inteligentes, con buenas lecturas y tienen muy claro lo que quieren. Sesionamos formalmente entre tres y cinco horas al día, pero en realidad todo el tiempo estamos hablando de literatura. Hablando de insectos y libros, Diana nos cuenta que ha puesto una tarea muy divertida a su grupo: componer un “soneto al pinacate”. Parra, por su parte, nos ha contado anécdotas muy interesantes sobre las estancias de Revueltas aquí.

Día 7: jueves 5 de agosto

Los marinos y los trabajadores se han portado muy amables, y también el personal de la Secretaría de Medio Ambiente y Recursos Naturales, institución que tiene a su cargo la reserva. Por las tardes, luego de las lecturas plenarias, talleristas y maestros jugamos fútbol, basquetbol, voleibol. A veces algunos marinos se presentan a jugar, si es que tienen día libre. También los trabajadores a cargo de las remodelaciones se organizan para venir durante sus horas de descanso.

De regreso, muy cerca del muelle, nos topamos con un grupo de marinos que traían en una camioneta una carga de pesca ilegal decomisada: un atún de más de 2 metros, un tiburón y algunas otras especies cuyos nombres no recuerdo.

Día 8: viernes 6 de agosto

Ayer cumplimos una semana aquí. Fue una noche de insomnio, pues el vuelo nocturno de los pinacates no me dejaba dormir. Leo *Islas Marías*, de Martín Luis Guzmán. Publicada originalmente en 1963 como base para una película, es un texto que recrea la dura vida en esta prisión durante la primera mitad del siglo XX. La historia ocurre alrededor de 1934. Los protagonistas son: León Grande del Hierro, alias el Chora, recluso grande y fornido, preso por tres asesinatos, entre ellos el de su esposa y el de su propio hijo. Jaime del Moral, alias el Profesor, sentenciado por su supuesta participación en el asesinato de Álvaro Obregón, presidente electo de la República Mexicana en 1928. A lo largo del texto, Guzmán describe los trabajos forzados en las minas de sal, en la construcción y reparación de caminos, en las caleras y en el campamento de trabajos forzados de Arroyo Hondo. Describe también las torturas y golpizas a las que eran sometidos los internos que se negaban a trabajar. Retrata así un sitio sórdido cuya sola mención “eriza el cabello”.

Otro personaje clave en la novela es Elisa Blanco, joven experta en temas de criminología que visita las islas en papel de inspectora. Su misión es hacer un informe detallado que permita al gobierno reformar el régimen del penal y darle un carácter más humanitario, lo que me hace pensar que no es la primera vez en que el gobierno trata de cambiar el signo de este sitio. Más aún, casi al final de la obra, el médico del penal ironiza: una vez aplicadas las reformas sugeridas por la inspectora, la María Madre se ha transformado en una “isla dedicada al turismo”.

Como bien lo anuncia el subtítulo, *Islas Marías* es un drama que incluye pasajes de tortura, un sangriento motín y varios triángulos amorosos. Como es previsible, la joven y bella inspectora y el virtuoso profesor terminan enamorados. Pero, bajo ese argumento maniqueo, subyace una discusión respecto a este sitio que a la fecha no ha podido dirimirse. Se trata del viejo debate entre la justicia punitiva y la justicia restaurativa. La primera considera que el crimen es un acto en contra del Estado, una violación de una ley y, por lo tanto, debe ser castigado. En la justicia restaurativa, en cambio, el crimen es un acto en contra de otra persona y la comunidad, y de lo que se trata es de restablecer las relaciones sociales y reparar el daño.

Día 10: domingo 8 de agosto

Ayer fue un día pesado porque a los de mi cuarto (incluido yo) nos tocó hacer limpieza de las áreas comunes, lavar ropa y lavar los platos. En contraste hoy fuimos a la playa. Fue una tarde muy divertida. Mientras nadábamos nos sorprendió un cardumen de peces voladores, y buceando pudimos ver caracoles marinos, medusas y peces globo. Otra de las muchas cosas buenas de acá es que el covid-19 parece no existir. Por las autoridades de la isla nos llegan noticias del continente y me preocupa que, al parecer, hay mucha gente allá que no la está pasando bien. Nos quedan cuatro días aquí y yo ya estoy haciendo maletas. El jueves por la noche tomaremos el barco para amanecer en Mazatlán.

He seguido con la observación de bichos: hace un rato vi una especie de luciérnaga que tiene dos puntitos de luz. Le saqué un video. Además, al fin me acostumbré a los pinacates. Algunos de los muchachos vieron conejos, y nos han contado que hay gatos ferales (salvajes) pero esos no los he visto.

En otras cosas, gente de las islas (un médico, un arquitecto y un grupo de biólogos) nos pidieron que les diéramos una charla sobre *Los muros de agua*, la novela de Revueltas, pues la leyeron y temen no haberla comprendido del todo. También nos ofrecieron un paseo guiado por un cerro donde hay un cristo y un mirador. Aceptamos, por supuesto, y quedamos de encontrarnos el martes por la mañana en una gran palapa cerca del muelle. La gran sorpresa es que uno de ellos resultó ser el célebre Doctor Pierce. Resulta que ni es doctor ni se apellida Pierce. Su nombre es Marco Antonio Rugerio Estrada y llegó como recluso hace décadas. Al cumplir su sentencia ingresó a trabajar en un órgano desconcentrado del penal. Su apodo se debe precisamente a la oficina donde laboraba: Prevención y Readaptación Social (PyRS). Aún hoy, don Marco ostenta el título de Encargado de Prevención Social del archipiélago.

“La historia de las Islas Marías es de juglares”, me dice. “No hay mucha bibliografía. El relato va pasando de boca en boca y como en un crisol, las historias van cambiando. Cada quien habla de este sitio según le fue. En redes sociales hay grupos de personas que comparten sus historias, e incluso hay algunos que se reúnen físicamente para compartir sus recuerdos”.

Un dato extraño es que los bebés nacidos en las islas son “chilangos”, como comúnmente se llama a los habitantes de la capital del país. La explicación es esta: aunque había una oficina del Registro Civil que asentaba los nacimientos y los matrimonios que se celebraban en las islas, para evitar el estigma que acarrearía nacer en prisión los certificados no salían con la leyenda de Islas Marías, sino como expedidos en el Juzgado 52 de la Ciudad de México.

Día 11: lunes 9 de agosto

En el grupo de crónica ya estamos en entrega de trabajos finales: cada quien debe leer el primer capítulo de su libro, o una crónica separada si es un libro que se formará por varios textos. Algunos van muy bien y otros no tanto.

Luego de la sesión de taller con los muchachos, aprovecho el tiempo de comida para preparar la charla que tendremos mañana con los biólogos y con el grupo del Doctor PyRS. Además de conversar sobre *Los muros de agua*, creo que puede interesarles otra novela que cargo en la maleta: *La fuga*, publicada en 2007 por Carlos Montemayor. Como las anteriores, perfila a este lugar como un infierno. Pródiga en detalles, la novela de Carlos Montemayor acusa un laborioso trabajo de investigación y documentación. Hay mucho trabajo de campo. Abundan los pasajes crudos, brutales como cuando un joven es mordido por una nauyaca y sin pensarlo se amputa la mano de un machetazo: preferible perder la mano que perder la vida.

La historia es protagonizada por dos hombres que han sido reclusos injustamente en las Islas Marías y deciden fugarse: el primero, conocido entre los

reos con el apodo de Mono Blanco, es un hombre que “no tiene letras, pero está muy paseado y sabe mucho de mares”. Aunque nunca sabemos de bien a bien por qué ha caído aquí, hay razones para sospechar que se dedicaba al contrabando por vía marítima. El otro protagonista es Ramón Mendoza, guerrillero sobreviviente al asalto al cuartel Madera. Se trata de un hombre valiente y mesurado que se gana el respeto de los demás reclusos, quienes le apodan Gatillero.

La novela, entonces, es una continuación de otra novela de Montemayor: *Las armas del alba*, libro que reconstruye en clave literaria los hechos ocurridos el 23 de septiembre de 1965, en Ciudad Madera, Chihuahua, donde un puñado de guerrilleros atacó el cuartel militar.

Pero vuelvo a las Islas Marías: si Mono Blanco y Ramón arman un equipo capaz de fugarse es porque son distintos y complementarios: Mono Blanco es un marino experto que se siente a sus anchas en el agua, que a flote en una embarcación se mantiene sereno. Ramón, a su vez, es un habitante de la sierra, un ser de terrestre que sabe orientarse en los caminos sin perder la paciencia.

Para los pocos que deciden escapar y fugarse de un orden de cosas impuesto por inercias e intereses ajenos, resulta imposible hallar reposo una vez iniciado el escape. A Ramón y al Mono les toca vivir eso de primera mano porque son personajes al margen de la ley, y lo primero que aprenden es que en esa nueva situación no se puede andar confiando en todo el mundo: “no debo abrir la boca tanto, aunque sea con gente que está pasando por el mismo horror que uno. A veces son débiles de más”, dice Mendoza en la página 20. Alguien lo ha denunciado, apenas llegado a las islas, porque ha dicho de pasada que quiere fugarse. La oscura moraleja es que en el penal hasta las piedras oyen.

Día 12: martes 10 de agosto

La excursión al cerro del cristo se suspendió porque, desde la madrugada, una lluvia cerrada cae sobre las islas. El mar parece alebrestado. Por la tarde, la conversación con el grupo de biólogos y trabajadores resultó de lo más provechosa, pues nos permitió cruzar puntos de vista: los residentes tienen mucha información empírica, y están ávidos de conocer detalles de la vida de José Revueltas y en específico de las novelas que se han escrito en torno a este lugar. Nosotros, por el contrario, sólo sabemos de este sitio lo que hemos podido leer. Pero hay puntos de encuentro. Ayer, por ejemplo, cerré mis notas con la moraleja de que aquí hasta las piedras tienen oídos. Las historias que nos cuentan los residentes lo confirman: a partir del 2010 hubo cambios significativos en el penal. Como ocurre en todas las prisiones del mundo, los directivos tenían sus escuchas entre los reclusos, pero cuando se convirtió en penal de máxima seguridad, se pusieron circuitos cerrados de televisión, micrófonos ocultos, sonares y radares con vigilancia de 75 kilómetros alrededor del archipiélago. El centro de toda esa red era un edificio conocido como el Búnker, donde estaban concentrados los controles de toda esa tecnología. Hacían falta más de cien empleados para controlar todo aquel sistema de espionaje. Había también otra red que monitoreaba

a los policías, se grababan todas las conversaciones telefónicas y existían internos que en realidad eran policías encubiertos. A la llegada del huracán Willa, el 23 de julio de 2018, hubo daños que se calculan en 3 mil millones de pesos. Casi la totalidad de las 2 mil cámaras que había en las islas se arruinaron.

Quizá la mención del huracán tiene un propósito adicional. Al final de la charla, las autoridades de la isla nos dieron un aviso de manera formal: Linda, una tormenta tropical que se localiza a 600 kilómetros de las costas de Manzanillo, se fortalece rápidamente y es probable que se convierta en huracán esta noche. Eso significa que el jueves no podremos zarpar.

Al principio varios chicos y chicas se estresaron con la noticia, pero rápidamente se hicieron a la idea.

Día 14: jueves 12 de agosto

Ayer a Parra y a mí nos tocó ir de expedición a la tiendita porque al parecer estaremos uno o dos días encerrados cuando llegue la parte más fuerte del huracán, y quizá en ese momento los marinos no puedan traernos de comer. En la tienda había compras de pánico, y como no llegó el barco con nuevas mercancías, casi no quedaba nada. Compramos velas, sopas instantáneas, frijoles, arroz y algo de atún, una caja de cereal (las y los muchachos se lo comen a puñados) y algunos litros de leche. Había algo de tensión en el ambiente, pues al mismo tiempo que nosotros llegó a la tienda un grupo de biólogos, y minutos después un grupo de trabajadores con machetes en las manos irrumpió en el local. Luego de unos instantes de expectativa, nos dimos cuenta de que los machetes se debían a que estaban “desmontando”, es decir, despejando un área de maleza. Los víveres se terminaron en cuestión de minutos.

Entre los fumadores de la isla hay un factor adicional de estrés: uno de los empleados que llegaron a hacer trabajos de remodelación compró ayer todas las cajetillas que quedaban en la tienda y las está revendiendo a cuatro o cinco veces su valor. Tanto Eduardo Antonio Parra como los muchachos y muchachas que fuman han comenzado a racionar el tabaco.

Hoy maté otras dos viudas negras que vivían en la bodega donde se guardan las toallas. Pero en este contexto, una infestación de cangrejos parece ser el menor de los problemas. Por la noche, como un antídoto contra la incertidumbre, las y los muchachos improvisaron una entrega de premios a la que bautizan como Pinacate Awards. Categorías como “la más vestida”, “la más fumadora” y “la mejor habitación” permitieron que los veintisiete jóvenes olvidaran, al menos por unos momentos, que afuera el pronóstico es incierto, que llueve y soplan ráfagas de viento. Estamos a la espera del coletazo de Linda. Por supuesto, tomamos las medidas necesarias: mantenernos dentro de las instalaciones del juzgado, cerrar las ventanas, no salir al balcón y no perder la calma.

Día 15: viernes 13 de agosto

El Centro de Análisis Pronóstico Meteorológico y Marítimo dio a conocer que el huracán Linda mantiene un desplazamiento al oeste-noroeste paralelo a costas del Pacífico central mexicano con vientos sostenidos de 110 km/h y rachas de 140 y olas de hasta 2 metros. Por tanto, se esperan lluvias intensas en costas de Jalisco, Nayarit y Michoacán, mismas que conforme pase el tiempo se irán extendiendo a Baja California Sur y el Golfo de California. Las condiciones océano-atmosféricas son favorables para que continúen intensificándose gradualmente bandas nubosas que provocarán cielo cerrado y lluvias en costas de Michoacán, Colima y Jalisco e inmediaciones a la entrada al Golfo de California e Islas Revillagigedo e Islas Marías.

En la isla María Madre no hay cambios de importancia: de hecho, por la tarde deja de llover y los muchachos aprovechan para jugar futbol, voleibol e incluso billar.

Día 17: domingo 15 de agosto

Tengo la impresión de que poco a poco vamos regresando al mundo real. Hace dos días todo era incertidumbre: vivíamos en la isla en un tiempo suspendido. La amenaza de huracán nos impedía regresar al continente, y la incertidumbre irritaba a algunos muchachos, mientras a otros los ponía nerviosos. El viaje, pensado para dos semanas, al final fue de casi tres.

Estamos a bordo del BAL II, son las diez de la noche, y se espera que el buque zarpe a las once y media de la noche. Viajamos en la parte delantera del buque, mucho más confortable que la parte de atrás, donde nos colocaron de ida. Aquí hay refrigeración, los asientos son abatibles y mullidos. De fondo se escucha el ruido de un motor y el barco comienza a bambolearse. Vuelve, luego de casi tres semanas, la amenaza constante del covid: los cubrebocas, el alcohol en gel, las medidas sanitarias. Poco a poco se anuncian las dinámicas del continente, y volvemos así al infierno conocido que es el mundo en pandemia.

Vicente Alfonso (cajondesastre77@gmail.com). Torreón, 1977. Autor de *Huesos de San Lorenzo* (traducida al alemán, italiano, griego y turco), *Partitura para mujer muerta* y *A la orilla de la carretera*. Ha recibido, entre otros, el Premio Iberoamericano de Periodismo Ciudades de Paz (auspiciado por la UNESCO, la UCCI y el Ayuntamiento de Madrid), el Premio Bellas Artes de Crónica Literaria Carlos Montemayor y el Premio Internacional de Novela Sor Juana Inés de la Cruz. Becario de la Fundación para las Letras Mexicanas, el Sistema Nacional de Creadores de Arte de México y la Casa-Estudio Cien años de Soledad. Twitter: @vicente_alfonso